

ANDREA LONGARELA

NEÏRA

***Fuiste mi
verano***

Historia de Daniela 2

booket

Andrea Longarela

Fuiste mi verano

Historia de Daniela 2

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Andrea Longarela, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2020

Depósito legal: B. 10.311-2020

ISBN: 978-84-08-23167-7

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Mereció la pena

21 de septiembre

Septiembre es un mes raro y odiado por muchos. Es algo así como un enero encubierto, porque con la llegada del curso escolar y la vuelta a la rutina, nos proponemos objetivos que sabemos que no vamos a cumplir y nos deprimimos al ser conscientes de que el verano llega a su fin y de que no hemos llevado a cabo ni la mitad de los planes que teníamos. Nos envuelve esa melancolía que arrastra el otoño y que nos ayuda a adaptarnos al crudo invierno que le sigue. Sin embargo, a mí me encanta. Me gustan los días como el de hoy, cuando las calles se tiñen de tonos ocres y rojos, y el viento forma remolinos de hojas sobre el asfalto. Cuando escuchas las risas de los niños que bajan la calle correteando con sus mochilas a cuestas al salir del colegio y los atardeceres llegan antes, pero son igual de intensos.

También me gusta el invierno. Y la lluvia para leer frente a la ventana con una taza de té. Y el verano. Creo que no es cuestión de lo que traiga el paso del tiempo,

sino de saber apreciar lo bonito que nos regala. Como con las personas y como con cada etapa que vivimos. Claro que hasta que no pasas por una situación concreta que te haga abrir los ojos, igual que hace unos meses me ocurrió a mí, no te das cuenta de lo bonito que cada instante abarca y te centras en lo malo, en ver las pérdidas, el vaso medio vacío y eres incapaz de apreciar lo que te rodea.

Echando la vista atrás, me parece increíble adónde me dirijo. Estoy nerviosa pero completamente segura. Supongo que mi inquietud es inevitable, ya que no hace ni un año que todo comenzó, aunque lo sienta en mi piel como si hubieran pasado varios.

La vida es una constante lista de objetivos y cada nueva etapa a la que te enfrentas tiene los suyos propios para que funcione y para que dejes definitivamente atrás la que ya ha terminado.

Mientras camino con rapidez, me dedico a pensar en mis nuevos propósitos y acepto que estoy viviendo un nuevo comienzo, un nuevo capítulo. Al menos, tengo la certeza de que estoy cerrando uno, a pesar de que por momentos no me creí capaz de hacerlo. Y este es el primer paso. Tengo que hacerlo, necesito hacerlo y, lo más importante, deseo hacerlo.

Recorro a paso firme las calles con los brazos cruzados sobre el pecho para resguardarme del fuerte viento. Doblo la última esquina y me encuentro con una cafetería que ya conozco y que alberga recuerdos. Pese a ellos, no siento dolor, ni rabia, ni siquiera una ligera tristeza, sino que solo me llena el pecho una nostalgia sana. Abro la puerta acristalada y el calor del local me sonroja las mejillas. Me quito la cazadora y el pañuelo anudado al cuello, y lo busco entre la gente. Lo veo

sentado al final, en una pequeña mesa. Tiene la mirada fija en su cerveza y no me ve hasta que me dejó caer en la silla frente a él.

—Hola, lamento llegar tarde.

—Ho... hola. No te he visto entrar, perdona.

Se levanta y me da dos besos. Yo se los doy al aire. Es extraño, pero no tanto como si hubiese sido solo un beso; eso siempre es más íntimo, más cercano, y ahora mismo nosotros no lo somos.

—Te veo bien —me dice con una sonrisa sincera y con ojos cálidos.

—Yo a ti también.

Se ríe y no puedo evitar acompañarlo un poco avergonzada.

—Sigues mintiendo fatal.

—Lo sé, lo siento, a veces se me olvida que eres tú. —Me muerdo el labio y le confieso lo que él sabe de sobra—. Estás horrible, Martín. En serio, ¿te has peinado hoy?

—Lo cierto es que no me acuerdo. —Se revuelve el pelo más aún y me mira nervioso; la tensión de su cuerpo casi se puede tocar—. Llevas meses dándome largas. No has vuelto a contestarme a una sola llamada hasta ayer, ¿por qué?

Tiene razón y eso me hace sentir mal al pensar que su aspecto es culpa mía, pero necesitaba desprenderme de todo lo que me seguía doliendo, encontrarme poco a poco a mí misma y actuar en consecuencia. Además, tengo que repetírmelo, la culpa de su estado sigue siendo solo suya.

Ayer decidí contestar por fin a sus llamadas y acepté quedar con él. No lo veía desde el cumpleaños de Marina, la última noche que pasé con Luca. Aquella noche

que cada vez que recuerdo me provoca calor y dolor a la vez. Han pasado cuatro meses, pero en mi cabeza esos días parecen un sueño lejano. No obstante, eso también ha sido un motivo para mantenerlo alejado; sé que, si lo hubiera llamado para apoyarme en él tras la marcha de Luca, aunque solo fuese por la costumbre y la comodidad del cariño conocido, quizá habría caído de nuevo y enredado más las cosas por simple necesidad. Y si una cosa tengo clara es que yo ya no necesito a Martín; dejé de necesitarlo hace mucho tiempo. Sin olvidar que sus actos para mí no tienen perdón; ni siquiera comprendo, al mirar atrás y verme planteándome la posibilidad de que sí lo tuvieran, el porqué de aquellos pensamientos.

Supongo que el miedo y la soledad son algo horrible cuando toman el control.

—Martín, yo...

—¿Es por Luca? —Una punzada en el pecho—. Ni siquiera sé si te ves con él. —Trago saliva y me recreo en el hormigueo que aún me produce en el cuerpo escuchar su nombre—. No sé nada, porque Marina me ignora si le hablo de ti. Ya no conozco a tus amigos, no sabría a quién preguntar.

—No es por Luca. Él...

—Déjame hablar, por favor. Os vi bien. —Abro los ojos sorprendida y Martín me agarra las manos con dulzura; yo solo siento frío—. De verdad, te estoy hablando como amigo, sin tener en cuenta todo lo demás. Cuando te vi con él bailando aquel día, lo entendí.

Noto un ligero mareo. Es la emoción, lo sé, el volver por un instante a aquella pista de baile, a lo que sentí entre sus brazos, con su aliento sobre mi oído y su jodido olor a verano... Tengo que obligarme a olvidarlo, pero, si hasta mi ex me lo recuerda, no es fácil. También

sé que debería centrarme en lo que he venido a decirle a Martín, pero no soy capaz, porque me puede la curiosidad de lo que creyó ver él estando yo en brazos de otro.

—¿Qué fue lo que entendiste?

—Que teníais algo que tú y yo nunca tuvimos. No sabría explicarlo, pero fue como verte desde otra perspectiva.

—No te entiendo, Martín.

Clava su mirada en mí y veo cierta confusión en sus ojos, como si no entendiese muy bien qué es lo que intenta explicarme, pero que ahí está, y también el dolor que le produce haberlo descubierto.

—Lo que intento explicarte es que vi a otra Daniela diferente de la que yo conocía, a una que conmigo estaba escondida, pero con él no. ¿Sueno como un loco?

Me deshago de sus manos y me río. Sí que puede parecer un razonamiento loco escuchado desde fuera, pero lo entiendo, porque es lo que Luca me hacía sentir, que con él era yo sin más y que con Martín nunca lo fui del todo.

Se me humedecen los ojos y Martín entreabre la boca y me mira completamente alucinado.

—No es una locura; en realidad, tiene sentido.

—¿Qué te pasa? Tú nunca lloras.

—Parece ser que ahora sí.

Y lo hago, lloro, aunque no mucho, solo lo necesario para sentir el desahogo y para que el dolor se atenúe unos instantes. Martín hace amago de levantarse para consolarme, pero lo freno con la mirada. No quiero que me toque ahora. La verdad es que no creo que desee que me toque nunca más, ni siquiera como consuelo.

—¿Tengo que intuir por tu reacción que él ya no está?

—Además, del todo. —Suelto una risita amarga y él frunce el ceño.

—¿A qué te refieres?

Cojo aire para calmar la desazón que me produce siempre el decirlo en voz alta, para tapar la rabia que bulle en el acto al recordar lo que me hizo; lo que nos hizo.

—Se ha ido. Luca se marchó de la ciudad, ni siquiera sé adónde. Se acabó, Martín. Y preferiría no hablar del tema. He venido a hablar sobre nosotros, no sobre él.

—¿Aún hay un nosotros? —titubea esperanzado.

—Siempre habrá un nosotros —nos sonreímos con timidez—, pero en pasado. Lo que he venido a decirte es eso, que es pasado y por lo tanto ya nunca más será presente. ¿Lo entiendes?

—Se acabó también —contesta entre suspiros.

—Sí. Se acabó en el momento en que tú decidiste tocar a otra.

Martín se queda pensativo unos minutos. No es tonto; aunque pueda parecerlo por lo que hizo, nunca lo ha sido. Él ya es consciente de que lo que compartimos se acabó, que no tiene arreglo, y no solo por su infidelidad, sino por muchísimas cosas más. Es como cuando se te rompe un jarrón en pedazos e intentas con paciencia juntar de nuevo todas las piezas; por mucho esfuerzo que le dediques, nunca quedará igual, porque, aunque encuentres todos los trozos intactos, las grietas siempre estarán ahí.

—Eso ya lo tenía asumido, Daniela. Verte con él me hizo abrir los ojos del todo y me di cuenta de lo capullo

que fui al pedirte otra oportunidad como si no hubiera ocurrido nada.

—Martín, eso... —Levanta la mano y lo dejo continuar sorprendida por sus palabras. Parece que el tiempo también ha hecho que él recapacite.

—Pero quiero poder llamarte, tomarnos un café, lo que tú quieras... Seremos amigos, necesito que lo seamos. —Sus ojos taladran los míos y leo su desesperación al intuir que es posible que yo no quiera volver a verlo nunca más—. No concibo que no estés en mi vida, Dani...

—No —le respondo con firmeza—. Eso es lo que intento decirte. Nunca me cruzaré de acera si te veo por la calle y no me importaría saber qué tal te va de vez en cuando por Marina, pero no puedo ser tu amiga, porque, cuando lo fui, tú me rompiste en pedazos, ¿no te das cuenta?

—Daniela...

Martín intenta cogerme las manos de nuevo, pero no se lo permito. Lo observo y sé que está sorprendido y asustado por mi determinación. Más bien está desesperado, porque su vida también se ha ido un poco a la deriva y no sabe cómo encauzarla. Lo que no comprende aún es que no hay solución posible para nosotros y yo lamento muchísimo no haberme dado cuenta antes y haberme dejado llevar por el miedo a lo desconocido. Si lo hubiera hecho, ahora todo sería tan diferente...

—Te permití mucho cuando rompimos. No sé por qué lo hice, pero fue mi modo de despedirme de ti poco a poco y no de sopetón, porque hacerlo así me dolía demasiado y no sabía cómo enfrentarme a ello.

—No te estoy pidiendo que volvamos en un futuro, eso ya lo he entendido, pero yo te necesito. No sé cómo

seguir sin ti a mi lado, porque desde que no estás siento que voy sin frenos y cuesta abajo. Esto es...

—Escúchame, Martín. —Cojo aire y repito esas palabras que pensaba que nunca saldrían de mis labios, teniendo en cuenta quién fue su autor y lo mucho que yo se las reproché en su momento—. Alguien me dijo una vez que a veces no nos unimos a otra persona porque la queramos, sino que lo hacemos porque necesitamos que nos salven, pero esa nunca es la solución. Aunque sientas que tienes que agarrarte a alguien para mantenerte a flote, en realidad, debes hacerlo por ti mismo.

—Pero yo te quiero —gruñe a la defensiva.

Niego con la cabeza y le acaricio la mejilla sin poder frenar ese impulso de consolarlo. Soy demasiado blanda, lo asumo, pero sufro al ver dolor en sus ojos. Si Marina estuviera aquí, ya me habría dado un par de collejas.

—No lo dudo, pero no del modo en que tú crees que lo haces. Es imposible, Martín. Si lo hicieras, nunca me habrías humillado de esa manera. ¿No lo entiendes?

—Eso es porque no soy tan buena persona como tú siempre has creído. —Escupe las palabras a la vez que hace un puchero tan infantil que me hace sonreír.

—No te castigues más. Fuiste un cabrón, pero el pago de tus actos ya está cobrado, y esta es la situación en la que nos encontramos. —Suspiro y le repito un consejo que ya le di hace tiempo—. Te dije que buscaras la razón de por qué lo hiciste.

—Le he dado vueltas y no llego a ninguna otra conclusión más que la de que soy un gilipollas integral.

—Un poco sí.

Nos reímos y resopla antes de decir en alto lo que de verdad supone este encuentro, el único motivo de que yo haya aceptado verlo.

—Entonces, ¿esto se acaba aquí?

—Sí.

Decirlo es como si me quitara un gran peso de encima, pero también me oprime el pecho una leve tristeza que no me esperaba. Asumo que da igual todo lo malo que me hiciese Martín, porque, a la hora de recordar, eso no anula todo lo bueno que también me regaló. Además, soy consciente de que el adiós no es solo para él, sino también para aquella Daniela que he dejado atrás.

—¿Puedo escribirte de vez en cuando?

—Puedes intentarlo, pero no te aseguro que obtengas respuesta. Ahora tengo que pensar en mí y no voy a hacer algo que no me salga de dentro.

—Claro. ¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras —titubeo y le suplico con los ojos, a riesgo de parecer idiota—, menos sobre Luca, por favor.

Su mano vuelve a encontrarse con la mía, pero esta vez por debajo de la mesa. Sigue resultándome extraño tocarlo, pero no lo freno, porque intuyo que ahora sí que está cerca el adiós y este leve gesto de cariño hace que la punzada que siento no sea tan amarga. Y es que no importa el motivo que nos lleve a hacerlo, porque decir adiós a alguien al que has querido tanto duele siempre.

—Tú y yo nos quisimos, ¿verdad? Hicimos algo bonito, algo real.

—Mucho. Muchísimo, Martín. —Le aprieto la mano y cierra los ojos compungido—. Fui muy feliz contigo, si es lo que te preocupa. Ni siquiera me arre-

piento teniendo en cuenta cuál fue el final. Volvería a vivirlo de nuevo con los ojos cerrados.

—Gracias, cariño. —Suelta una bocanada de aire aliviado por mis palabras.

Aquí está, lo que Martín necesitaba para dejar de culparse, seguir adelante y cerrar el capítulo que compartimos. Supongo que yo también lo necesitaba, decirle adiós, pero de un modo bonito; porque, a pesar de que me engañó, no quiero recordar esa etapa de mi vida con amargura. Son demasiados años, demasiados momentos, demasiadas primeras veces que se merecen otro tipo de sentimiento al recordarlas. De este modo, ahora cuando lo haga, me quedaré con el sabor agridulce de que lo que pensábamos que era para siempre se estropeó. Sin embargo, durante unos años, nos quisimos tanto que incluso tener que despedirnos para siempre con lágrimas en los ojos mereció la pena.